

**DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO (C)**  
**Homilía del P. Josep de C. Laplana, monje de Montserrat**  
**25 de agosto de 2013**  
**Lc 13, 22-30**

El comentario al Evangelio de hoy lo estructuramos en tres puntos: Jesús itinerante, ¿Son muchos los que se salvan?, y tercero: un desenlace sorprendente.

"Jesús, de camino hacia Jerusalén, recorría ciudades y aldeas enseñando". La itinerancia de Jesús no es un hecho circunstancial. Pertenece al núcleo rojo de su misión como enviado del Padre. Jesús no es un maestro que abre escuela y que espera que la gente vaya a escucharlo; Jesús va al encuentro de la gente, hace camino y durante el camino enseña: visita villas y pueblos, pero no se queda; pasa enseñando, pasa curando, pasa haciendo el bien, dejando en las almas que conectan con él un interrogante, una inquietud, una "herida luminosa", como decía un conocido escritor y poeta nuestro. A Jesús no lo debemos enjaular nunca, Jesús es itinerante de por sí, pasa por nuestros pueblos, a veces por medio de un sacerdote santo que deja olor de evangelio durante generaciones, pasa por nuestras vidas por medio de unos padres o de un aviso que hicieron de Jesús el núcleo vital de sus vidas empapadas de fe y de amor, pasa por nuestras vidas por medio del anuncio del Evangelio constante que nos es ofrecida ampliamente, por medio de los sacramentos de la Iglesia, por medio de amigos y de instituciones en las que late fuerte el espíritu del Evangelio. San Agustín cuando pensaba en ese Jesús que pasaba predicando y haciendo el bien por los caminos polvorientos de Palestina y los no menos polvorientos de la historia, decía esta frase que siempre me ha impactado profundamente: "Timeo Iesum transeuntem", temo que Jesús pase de largo y que yo no me dé cuenta, que no le haga caso, que le dé la espalda. Tengo miedo de que la ocasión de encontrar a Jesús quede desperdiciada por mi culpa, porque el hecho de que mi vida tenga sentido o no tenga, que sea un simple juego de carambolas o sea un camino en progresión y lleno de sentido que lleva a la salvación temporal y a la eterna, depende de este encuentro con Jesús, que se desplaza y que viene a encontrarme.

El evangelio y la vida espiritual no podemos reducirlos a un vulgar negocio de mínima inversión y máximo provecho, no dar nada y esperar que nos toque el gordo. Con quienes circulan por el mundo con estos criterios, Nuestro Señor no tiene nada que hacer. Dios ha creado al ser humano a semejanza suya, diseñado para que alcance su tamaño humano en el amor y en el ejercicio de su libertad. Y aquí radica la grandeza y la tragedia de la persona humana. El hombre es el único ser de la creación que puede estropear y frustrar su vida, que en vez de crecer como persona en una dinámica de amor y de donación, puede retroceder a un estado larvario, de un egoísmo embotado que no sólo no da la talla, sino que subvierte su propia naturaleza de persona. Por eso a aquellos que hacen a Jesús la pregunta tacaña e interesada de "si son muchos o si son pocos los que se salvan", Jesús no les responde, o mejor dicho responde señalándolos en el pecho: "esforzaos en entrar por la puerta estrecha", de lo contrario os quedaréis fuera. Todo buen cristiano debe meditar a menudo sobre la terrible posibilidad de la puerta que se cierra y de la voz de aquel que lo ha creado a su imagen y semejanza que le responde: "No sé quiénes sois. Alejaos de mí, malvados". ¿Qué misericordia puede evocar aquel que no tiene entrañas de misericordia y que ha eviscerado de su ser toda dimensión de amor auténtico, limpio de egoísmo? Ser de Jesús y de los suyos no es cuestión de cuatro gestos externos ni de tener carné, sino de compartir con Jesús nuestra naturaleza humana y recibir de él la vida divina de la gracia santificante.

Y el tercer y último punto es el de la gran sorpresa final. Nadie puede presumir de antemano de su salvación final, ni nunca podemos dar por hecho que los que no son de los nuestros o que aquellos que llamamos malos serán excluidos de la salvación que Jesús nos ha ganado con su cruz. Nadie puede entrar en el corazón de otro ni puede juzgarlo más que "provisionalmente". El juicio definitivo y de verdad corresponde a Jesús y el último día. Mientras, la actitud que corresponde al cristiano es la de darse prisa para entrar por la puerta estrecha, es decir, adelgazar nuestras vidas de vicios y pecados, no vivir en un hedonismo estéril y destructivo, sin actitudes viscerales de odio y de exclusión de los diferentes. En la vida espiritual esto recibe el nombre de ascética, es decir de esfuerzo, de exigencia propia y de renuncia, que es lo que podríamos llamar la sístole del corazón, para pasar de inmediato a la diástole, o ensanchamiento del corazón y de la mente: gente de Oriente y de Occidente, aquellos en que menos pensabas, quienes en tus consideraciones "provisionales" tenías por despistados o extraviados resulta que son primeras figuras y que te adelantan. La gracia de Dios es como un diluvio y su bondad puede penetrar por las rendijas del corazón que creíamos blindado y extraño a su amor. La verdadera sabiduría cristiana consiste, pues, en pasar por la puerta estrecha sin preguntarnos "si son muchos o pocos", para enseguida dilatar nuestro corazón a escala divina, de modo que quepan todos aquellos y todo aquello que Dios ama y sepamos alegrarnos de la magnanimidad de un Dios que supera nuestros cálculos raquíuticos. Si somos magnánimos y no contamos "si son muchos o pocos", podemos confiar en que Dios también será magnánimo con nosotros y que podremos alegrarnos de la salvación de la gran multitud de todos los llamados y elegidos entre los que confiamos estar también nosotros.